

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

MADRID. — MARZO DE 1905.

Director del BOLETÍN: D. Enrique Serrano Fatigati, Presidente de la Sociedad, Pozas, 17.

Administradores: Sres. Hauser y Menet, Ballesta, 30.

ADVERTENCIA

Por no retrasar la salida de este número en que va el anuncio de la fiesta de conmemoración de nuestra Sociedad, le publicamos con menor texto y sólo tres láminas. En el correspondiente á Abril compensaremos á nuestros consocios de estas deficiencias.

Fototipias.

MONUMENTOS DE CÁCERES Y PLASENCIA (TRES LAMINAS).

Véase el artículo del Sr. Marqués de Figueroa, publicado en el número anterior.



Perspectivas arquitectónicas del Palacio Real de Madrid.

I

El Alcázar de nuestros reyes es, sin duda alguna, la más magnífica de las residencias reales que se han levantado en Europa, del Renacimiento á nuestros días. Supéranle en superficie el Louvre, con las largas galerías que le unían á las Tullerías, y el Vaticano, morada de los Soberanos Pontífices; pero estos monumentos no le igualan en la grandiosidad de la masa, en la robustez de sus enormes muros, que le dan el aspecto de una gigantesca roca tallada con formas arquitectónicas, desafiando con su solidez al fuego, por no entrar en su construcción materias combustibles, y á la acción destructora del tiempo.

Felipe V tuvo el buen acierto de no encomendar las trazas del Alcázar á los arquitectos españoles, imbuídos en las perversas máximas del churriguerrismo, que estaba entonces en el período álgido de su desenvolvimiento. Si un Donoso, Tomé ó Ribera lo hubiera levantado, reproduciría en cada portada, la del Hospicio; en cada balcón, los de los palacios de Oñate y Miraflores; en cada chapitel, las torrecillas del puente de Toledo, siendo sus fachadas un erizo de toscos y pesados ornatos, cual los que exhiben los retablos de San Luis, de Madrid, ó el famoso transparente de la Catedral de Toledo.

Es extraño que el primer Borbón, educado en la Corte de Luis XIV, con más sanas ideas artísticas que las que imperaban entonces en nuestro país, no trajera de Francia discípulos de Mansard ó de Perrault, que harían del Alcázar un remedo de las galerías de Versalles ó de la Columnata del Louvre, monumentos de buenas proporciones, correctas, pero fríos, desnudos, no inspirados en las grandiosas construcciones de la antigua Roma y del Renacimiento, sino en los preceptos de Vitrubio y de Vignola. Fué á buscar arquitectos á Italia; de allí vinieron Juvarrá y Sachetti, célebres maestros, dignos sucesores del Caballero Bernini y de Fontana, los cuales, con sus buenas máximas, y, sobre todo, con sus obras, contenían la decadencia de la Arquitectura en la otra península, adonde la llevaba la delirante imaginación de Borromini y de los P. Guarini y Pozzi Churrigueras, de aquel país.

No es nuestro objeto hacer ahora la crítica de este monumento. Erigido en una época no muy feliz para el arte de construir, sus formas arquitectónicas habían de tener grandes defectos; y lo son, ciertamente, el abuso de resaltos, la entasis ó hinchazón desmesurada de las columnas, la pesadez y exagerado bulto de los capiteles, la multiplicidad de líneas del entablamento, los ornatos de mal gusto de los guardapolvos y de los áticos de los cuerpos resaltados, lo mezquino de los huecos de la segunda planta, cuyos dinteles se juntan con el arquitrabe del cornisamento general... Pero hay que confesar que la mayor parte de estos defectos, consistentes en la pesadez y abultamiento de los miembros, coadyuvaban á dar al monumento la robustez, la grandiosidad y la firmeza que caracteriza esta soberbia construcción.

A la falta de originalidad y de inspiración que se observa en los palacios de los siglos XVII y XVIII, únese la carencia de variedad en los miembros componentes y una sumisión exagerada á las reglas de la simetría, cualidades que imprimen en estos monumentos el sello de la vulgaridad y de la monotonía, y si no fuera por las proporciones gigantescas, que dan á los monumentos arquitectónicos tanto ó acaso más importancia que la belleza artística, apenas llamaría la atención de los inteligentes.

Estos defectos, que resaltan en Versalles y Caserta, prototipos de las construcciones palacianas de aquella época, se marcan aún más en el Alcázar de Madrid. Iguales son las cuatro fachadas en sus dimensiones de longitud y altura; iguales en el número de huecos, columnas y pilastras; iguales en la forma y situación de los cuerpos resaltados; visto uno de los frentes, están vistos todos los demás, y en verdad que el ojo se cansa cuando mira, por ejemplo, el cornisamento general ó la imposta que separa la planta baja de la principal, seguir el largo trayecto de más de medio kilómetro sin que sus líneas horizontales encuentren en su camino el más leve obstáculo. Sachetti dió á la planta la forma de un cuadro perfecto de 470 pies por lado; pero cuando Carlos III vino de Italia ordenó la construcción del cuerpo saliente

que da á la calle de Bailén y las dos largas galerías que forman con el frente meridional del Palacio la magnífica plaza de la Armería, con lo cual adquirió el edificio por esta parte un carácter propio y peculiar que lo distingue y separa de las demás fachadas.

Criticase á Felipe V haber levantado el Palacio en el mismo lugar donde estuvo el mudéjar Alcázar del siglo XIV, restaurado á mediados del XVI por Herrera y destruído por el fuego en el primer tercio del XVIII, pues con el gasto hecho en las enormes fundaciones, bóvedas, rampas, terrazas, muros de contención y escalinatas para subir desde el Campo del Moro á la plaza de Oriente, rasante de la planta baja, pudo hacerse en terreno llano un edificio de doble superficie. Esto es cierto, pero no es menos que, ya se le llevase á los altos de San Bernardino, como quería Juarra, ó á los Jardines del Retiro, no se gozaría de las espléndidas vistas sobre el valle del Manzanares, con los parques del Campo del Moro y de la Casa de Campo en primer término, los extensos bosques del Pardo á la derecha y más lejos la fragosa sierra de Guadarrama, paisaje único en los áridos alrededores de la corte.

Si el Palacio, por su situación despejada y dominante por el lado que mira al río, ofrece á la vista hermoso paisaje, esta circunstancia hace que á su vez pueda ser contemplada su enorme mole—que parece colgada sobre un abismo—desde la distancia que el observador quiera, por larga que sea, lo que no sucede generalmente á otras residencias reales, rodeadas de calles y plazas, ó medio ocultas por el arbolado de los jardines.

Dejemos, pues, de criticar las formas artísticas de este monumento, y demos comienzo á nuestra peregrinación á su alrededor, deteniéndonos á contemplar las perspectivas más notables que ofrecen sus fachadas.

II

Magnífica es la vista que presenta el frente meridional del regio Alcázar, que es el principal, cuando se le mira desde la escalinata de la Catedral de Santa María de la Almudena, en construcción, cuyo templo, dicho sea de paso, situado enfrente y en el eje del Palacio, no hará muy bello efecto con sus formas finas y delicadas y la crestería de sus innumerables flechas, pináculos y chapiteles, que contrastarán ciertamente con la mole maciza y robusta del monumento clásico. Mejor estaría aquel lugar yermo de toda edificación como aparece en los planos de Sachetti; y si, en último caso, la piedad exigía la erección de la Basílica en este sitio donde la tradición cuenta estuvo escondida la imagen de la Virgen los cuatro siglos que Madrid sufrió la dominación musulmana, pudiera haberse hecho las trazas del templo en un estilo arquitectónico como el de Ventura Rodríguez, más en armonía con el Palacio... pero ya no es tiempo de enmendar lo hecho, y volvamos á nuestro punto de partida.

Realizadas por este lado las obras del Alcázar, iniciadas en tiempo de Isabel II, seguidas con actividad bajo el reinado de Alfonso XII y llevadas á término por la Reina Regente Doña María Cristina, ofrecen un aspecto grandioso, con la verja monumental que une los cuerpos resaltados y las dos largas galerías que cierran, con la fachada de Palacio, la extensa plaza de la Armería. Tiene esta perspectiva menos monotonía y más variedad que las

demás, pues aquí las arquerías que á uno y otro lado, formando amplios pórticos, se desprenden del edificio, con el que guardan perfecta armonía arquitectónica, limitan la espaciosa plaza que recuerda los atrios de las primitivas Basílicas cristianas, reproducidos en gigantescas proporciones en la de San Pedro de Roma, decorada con la columnata del Bernini. Estos cuerpos bajos, que no se elevan más arriba de la planta principal, tienen la ventaja de que no quitan vista al edificio, llevando su arquitectura más allá de sus fachadas, sin que por eso dejen de formar Palacio y galerías un conjunto armónico.

La verja, con los tres grandes ingresos de barroco estilo, pero suntuosos, presta belleza al monumento, contribuyendo á darle el carácter propio de la época en que fué levantado, pues precisamente esta clase de cerramientos de hierro con sus graciosas y originales formas, debidos al genio inventivo de los decoradores franceses, comenzaron á aparecer en el reinado de Luis XIV, descollando entre todas la célebre *grille* de Versalles. Remedo de ésta es la que Felipe V alzó en La Granja, reproducida después por Fernando VI y Carlos III en las Salesas, en el Retiro, en el Jardín Botánico y en las fastuosas puertas de la capital y de los Sitios Reales. Desde entonces vense prodigados estos bellos cerramientos, tanto en las grandes construcciones del Estado como en los modernos *Hoteles*, exhibiendo la graciosa ornamentación de los estilos que llevan el nombre de los Luises XIV y XV.

Dejemos de contemplar desde este sitio el agradable conjunto que presentan las diferentes construcciones arquitectónicamente combinadas que exornan el monumento, y penetremos en la gran plaza de la Armería, situándonos en la galería de la derecha, bajo uno de los arcos más próximos á los muros del Palacio. Aquí la perspectiva es más pintoresca. La fachada, encuadrada en el marco de la arquería, se va alejando en degradación hasta unirse con la galería del lado opuesto, viéndose, naturalmente, en mayor tamaño y más acentuadas las formas, en primer término, y aligerándose y haciéndose más finas á medida que se separan del ojo del observador. Resguardada esta fachada del viento y la lluvia, por su situación al Mediodía, conservan los materiales que forman sus muros, el granito cárdeno del Guadarrama empleado en los macizos, y la piedra blanca de Colmenar en huecos, impostas y cornisas, un hermoso tono de color, cual si acabaran de salir de la cantera.

Para gozar de tan bella perspectiva, es preferible la mañana, cuando el sol ilumina las líneas de su arquitectura, destacadas con los fuertes contrastes de luz y sombra. Precisamente verificase á esas horas, todos los días, en la plaza de la Armería un hermoso espectáculo, la Parada ó relevo de la guardia de Palacio; y en verdad que esta fiesta popular excita la impresión estética que produce la contemplación del monumento, oyendo las armonías de las músicas militares, viendo el desfile de los soldados, el brillo de las armas y de los uniformes y el gentío que invade las galerías. Entonces el edificio parece que adquiere mayores proporciones. La vista se posa con placer, ora en el cornisamento que sustenta, á cien pies de altura, la magnífica balaustrada coronada de gigantescos jarrones, que destacan sus prominentes formas sobre el fondo azul de un cielo purísimo, ora en las amaneradas esculturas de los cuerpos resaltados, de los guardapolvos y de los áticos, entre los que revolotean bandas de palomas, que recuerdan las de la plaza de San Marcos de Venecia; y si la vista descende de aquella altura y se fija en la

galería opuesta, la Naturaleza contribuye también á embellecer este espectáculo arquitectónico, mostrando, á través de los tres grandes arcos abiertos del centro, el hermoso paisaje de la Casa de Campo, con sus lagos y frondosas arboledas.

III

Trasladémonos á la vecina plaza de Oriente en busca de nuevas perspectivas. El Palacio desarrolla aquí un frente casi de doble longitud que por el lado meridional, con el cuerpo destacado donde están las habitaciones del Rey y el largo pórtico que se extiende hasta la explanada de la Catedral. Para gozar de la vista que presenta tan enorme fachada, era preciso que el espacio que la precede estuviera abierto y despejado, armonizándose al par la decoración de la plaza con la arquitectura del Palacio, lo que, por desgracia, no sucede.

Indicaremos los proyectos que se han hecho para proporcionar bellas perspectivas á esta fachada y el mal resultado del que se ha realizado. El rey intruso, José Bonaparte, imbuido en las ideas de grandeza de su hermano Napoleón, que embellecía entonces á París con magníficas avenidas, quiso imitarle aquí haciendo una gran plaza que diera amplio acceso al edificio, y una calle hasta la Puerta del Sol, á cuyo efecto mandó derribar la extensa barriada de pobre caserío que estaba frontera al palacio.

Fernando VII, á su vuelta del destierro, encontró este vasto espacio convertido en un montón de escombros, y para decorarle dignamente, ordenó la construcción del Teatro Real enfrente y en el eje del Alcázar, y echó los cimientos de dos columnatas que, partiendo de los cuerpos laterales del palacio, iban formando un semicírculo á enlazarse con la fachada del coliseo. Eran estas columnatas parecidas, en el estilo greco-romano, á las de la plaza de San Pedro, aunque sin la magnificencia y buen gusto que las de Roma, porque D. Custodio Moreno, autor de las trazas, no valía, ciertamente, como arquitecto, lo que el Caballero Bernini. Por fortuna, no llegaron á salir de cimientos estos pórticos que, de haberse realizado, harían un pésimo efecto, tanto por carecer de belleza, como por la imposibilidad de formar un conjunto armónico con la disimétrica fachada del palacio, compuesto, por esta parte, de cuerpos de diferente longitud y altura.

Abandonado, y con razón, este proyecto, y acaecida poco después la muerte del rey Fernando y la guerra civil, continuó esta planicie hecha un erial, hasta que, en la minoría de Doña Isabel II, siendo tutor D. Agustín Argüelles, se ejecutaron las obras de embellecimiento que hoy contemplamos, y más tarde se levantó el caserío que, describiendo en parte la curva de la columnata, se ve á uno y otro lado del Teatro Real.

Si malo era el anterior proyecto, no lo es menos éste; pues siendo tan extensa esta plaza, doble que la de la Armería, podría verse el Palacio á gran distancia y de diferentes puntos de vista, lo que, desgraciadamente, no sucede. Trazóse en el centro un jardín, alrededor de la estatua ecuestre de Felipe IV, acertadamente traída á este sitio y sustentada por un bello pedestal exornado de fuentes y esculturas, cuyo artístico conjunto ocupa un puesto digno enfrente del Alcázar. Este jardín está cerrado por una verja de hierro, y paralela á ella se desarrolla una ancha calle circular adornada con las teatrales

estatuas de los reyes de España, que antes coronaron la balaustrada, los áticos y las salientes impostas del Palacio. Además de este jardín central, se hicieron otros dos de planta rectangular en los extremos de la plaza, en la que se levanta espeso y copudo arbolado que oculta la fachada del edificio.

Para que la decoración de esta vasta superficie guardara relación con la arquitectura de la fachada, adaptándose á su estilo, debiera haberse trazado un gran parterre, cual los que se ven en Versalles y en La Granja, en los que la naturaleza, modelada por la mano del hombre, afecta formas geométricas que se armonizan con las del monumento. Nada, por consiguiente, que recuerde la vegetación en su natural desarrollo; los árboles siempre de pequeñas dimensiones, para no quitar vista, aparecen tallados á tijera figurando discos, pirámides ó conos, y los arbustos de hoja perenne, en especial el boj, cortados á escuadra, como la piedra, parece que pierden su carácter vegetal para afectar las combinaciones de líneas más variadas que la imaginación del jardinero puede crear.

Lo que tenía de parterre este jardín cuando fué trazado, ha desaparecido, tomando hoy más bien el aspecto de un parque con el sombrío arbolado, en el que descuellan elevadas coníferas, y sus praderas, de verde *gazón*, cortadas por sinuosas calles que no se sabe á dónde se dirigen. Y es ocasión de criticar aquí la antiartística moda que impera en la corte, de ocultar las fachadas de los monumentos públicos con arbolado. Si entre la acera y el edificio hay una faja de terreno, se trazan unas *pelousses* de verde alfombra, surcadas de sendas en forma de S, y se pondrán cedros, wellingtonias y otras coníferas, que con el tiempo ocultarán la fachada desde el zócalo á la cornisa. Tal sucede en el Museo de Pinturas, cuya arquitectura apenas se percibe entre el ramaje de los árboles, y tal sucederá, probablemente, en el Palacio de Biblioteca y Museos de Recoletos.

Sólo se puede contemplar sin obstáculo el frente oriental del Alcázar situándose al pie de una de las estatuas fronteras á la puerta del Príncipe, dejando á la espalda el arbolado de la plaza; pero como la distancia no es grande, el edificio se viene encima y no se abarca de una mirada la totalidad de la fachada, como sucedería si el observador la viera desde el vestibulo del Teatro Real. Antes ofrecía el Palacio hermosa perspectiva desde el Ministerio de Marina, dominándose los dos frentes de Saliente y Norte, cuya vista casi ha desaparecido con las casuchas y el muro que se ha levantado en la calle de Bailén, siguiendo la línea de las Caballerizas Reales. Para verla hay que subir á dicho Ministerio, desde donde se han hecho reproducciones fotográficas. No abandonaremos la plaza de Oriente sin decir que su mezquino caserío, coronado de doble piso de miserables guardillas, la fachada del regio coliseo, de pésimo gusto, y la desquiciada verja que rodea el jardín central, hacen de este sitio, que debiera ser uno de los más concurridos de la corte por su amplitud y su hermoso emplazamiento enfrente del Palacio Real, un lugar sólo frecuentado por soldados y chiquillos.

IV

Á medida que el edificio se contempla desde un nivel más bajo que el de las plazas de Oriente y Mediodía, al ganar en altura, sus perspectivas se hacen más grandiosas. Descendamos á la planicie de la fachada septentrio-

nal y mirémosla desde la puerta central del cocherón. Para subir al nivel de las soleras de la planta terrena ha sido necesario levantar un basamento, elevado unos treinta pies sobre el suelo, vestido de severa arquitectura que lo forma una amplia terraza de saliente almohadillado, á la que se asciende por dos escalinatas de dobles ramales con balaustrada, sobre la que descansa un robusto muro en talud, perforado de vanos, que resiste valientemente la fábrica que sobre él gravita. La simetría de la fachada es perfecta. Destácase fuertemente el cuerpo central ocupado por la capilla con su graciosa cúpula, y en los extremos, los laterales, acusando la robustez de las paredes, los cortes del piso principal, que permiten el asiento sobre macizo de los pedestales de las columnas, pilastras, estatuas y balconaje de hierro. El basamento con su saliente masa, y los cuerpos de excesivo resalto, que más bien parecen torres, dan al edificio por esta parte el aspecto de una fortaleza-alcázar. Vense aquí aunadas armónicamente dos clases de monumentos: el Palacio y el castillo. De éste tiene la situación dominante y saliente sobre el río, la misma del anterior Alcázar, la robustez de la construcción, pudiendo ver la imaginación sin esfuerzo en las colosales terrazas que la sostienen, las obras de defensa destacadas del murado recinto de una fortaleza; y de aquél, muestra la forma rectangular de la planta, la simetría de las fachadas, de iguales proporciones, que parecen los frentes de una gigantesca caja cuadrada, y la barroca de decoración arquitectónica de las construcciones palacianas de su tiempo. Aunque la arquitectura del edificio es igual en sus cuatro frentes, es muy diferente la impresión que causa en el espíritu la contemplación de cada uno, ya por su situación respecto del lugar desde donde se miran, ya por su diversa exposición; así la perspectiva desde la plaza de Armas, con su verja y sus pórticos, iluminada por la luz de Mediodía, evoca el recuerdo de las fiestas reales, de las grandes recepciones y de los espectáculos militares, mientras que la sombría fachada del Norte, azotada por el agua y el viento, y ennegrecidos sus muros, parece hecha para resistir las descargas de la artillería. Por desgracia, no es grande la distancia que hay desde el cocherón al edificio, de modo que su mole, vista de cerca, se empequeñece y no hace todo el buen efecto que debiera, como si se la mirara de más lejos.

En tiempo de Carlos IV existía un extenso espacio, limitado enfrente del Palacio por la fachada meridional de las Caballerizas Reales, y á uno y otro lado por los muros que la separan de la calle de Bailén y de los jardines del Campo del Moro. Fernando VII comenzó á levantar en este sitio una nueva capilla, no considerando bastante á llenar las necesidades religiosas de la real familia la bellísima que hoy se admira, y como las diferencias de nivel son aquí tan grandes, hubo que hacer enormes obras de fundación. Cúpole á esta capilla la misma suerte que á la columnata de la plaza de Oriente; no llegó, afortunadamente, á salir de cimientos, que de realizarse, ocultaría la fachada del Palacio, dándole el tal aditamento un aspecto no muy estético. Pero estaba decretado que se había de obstruir aquel sitio y ocultar la vista del edificio. Si no se alzó un templo, se levantó un cocherón, obra pesada, sin carácter artístico, pero de mérito para aquel tiempo, por lo difícil que era cubrir tan vasta nave con una techumbre de madera, bien ejecutada, por el citado D. Custodio Moreno, arquitecto del rey. Para empequeñecer más esta plaza se construyeron, próximo á las Caballerizas, dos mezquinos edificios, y en nuestros días unas casuchas que exhiben sus pobres fachadas en la calle

de Bailén, que estarían mejor en un villorrio que enfrente del mejor monumento arquitectónico de la corte. Así como se ha hecho la plaza de la Armería, que tanto embellece el Palacio por el lado meridional, debía pensarse también en hacer otra delante de esta fachada más majestuosa, porque se levanta sobre un elevado basamento, que le da mayor altura y más grandiosas proporciones. Esta obra no consistiría en construir, que es muy costoso, sino en derribar los malos edificios que hemos citado, dejando despejado y abierto aquel sitio, tal cual estaba en tiempo de Carlos IV. Los carruajes podían ser trasladados á las Caballerizas Reales, donde se albergaban holgadamente antes del reinado de Fernando VII, cuando la corte, más fastuosa que la actual, tenía doble número de trenes y caballos. Desembarazado de estorbos este vasto espacio, quedábase convertido en la plaza más monumental de Madrid, ofreciendo el Palacio la más grandiosa de sus perspectivas desde la fachada de las Caballerizas, á una distancia de 120 metros.

Con los ojos de la imaginación vemos en este momento la gran plaza, que ofrecería bellissimo aspecto, artísticamente decorada para armonizarla con la arquitectura del Palacio, vestido el muro de la calle de Bailén de pilastras, hornacinas y estatuas en el estilo de las estufas del Campo del Moro, substituyendo el antepecho de ladrillo de la terraza que mira al río con una balaustrada, desde donde se podría contemplar el arte y la naturaleza aunadas, y en el centro de esta gran plaza se erigiría un monumento á Felipe V, que comenzó la construcción del Palacio, ó á Carlos III, que la llevó á feliz terminación. No hay que decir que no reproduciríamos el bosque de la vecina plaza de Oriente; en vez de árboles, vasos y estatuas; en vez de estrechas y tortuosas sendas, calles anchas y rectas; en vez de praderas, cuadros de recortado boj, como los que se ven en el parterre del Retiro ó en las terrazas de El Escorial; nada, en fin, que ofreciese obstáculo á la vista y ocultara la perspectiva de esta fachada que, sin exageración, puede asegurarse que, después de la de San Pedro de Roma, es la más magnífica de Europa.

V

Si el edificio del lado de la población no hace todo el buen efecto que debiera, en cambio, su situación abierta y despejada por la parte que mira al Campo del Moro, permite que se le vea desde puntos diversos y á la distancia que se quiera. La diferencia de nivel entre la orilla del Manzanares y la rasante de la plaza de Oriente es de 40 metros, altura que parece mayor por lo abrupto de la ladera. Para fundarle sólidamente ha sido preciso abrir los cimientos casi al nivel del río, y el espacio entre éste y la planta baja lo ocupan grandes rampas de dos ramales, escalonadas en pisos, sobre las que se levanta la masa de la construcción. Esta disposición de un palacio, situado en la cima de una colina arquitectónicamente decorada, recuerda los de Caprarola y la villa Estense de Tívoli, en Italia; pero éstos, por sus pequeñas dimensiones, no tienen el aspecto que el de Madrid. Sus mismos defectos, consistentes, como hemos dicho, en la pesadez y abultamiento de las formas, que tanto se acusan cuando se las ve de cerca, desaparecen si se las mira á conveniente distancia; y en verdad que si la belleza de un monumento se ha de juzgar por la impresión que causa al contemplarle en su conjunto, y no después de analizar sus miembros componentes, la sensación estética que

produce este Palacio es tan viva como la que excitaria un edificio de un mérito indiscutible.

Fijémonos en la hermosa perspectiva que el Alcázar presenta desde el sitio donde estuvo la Puerta de San Vicente, una de las obras más bellas de la corte, debida á Sabatini, víctima no ha mucho, de la ignorancia de nuestros ediles. Se debe gozar de esta vista cuando el astro del día, próximo á hundirse en el horizonte, alumbra el edificio con su luz rojiza, percibiéndose perfectamente, á pesar de la distancia, toda su vestidura arquitectónica, acentuadas aún más sus formas por la intensidad del claroscuro, presentando á veces un aspecto fantástico, pues el sol, reflejándose en los cristales de sus innumerables vanos, simula un gran incendio. Vense desde aquí las dos fachadas Norte y Poniente, el cuerpo saliente de la plaza de la Armería, que no se eleva más que hasta la imposta de la planta principal, y la larga galería ó pórtico que termina en la verja, cuyo conjunto tiene una longitud de unos 1.200 pies, y una gran altura que le da el enorme basamento, sobre el que descansa la masa de la fábrica. Como desde este sitio la vista abarca la mayor parte del edificio, se hace notar más la monotonía que ofrecen sus fachadas, terminadas por líneas horizontales, sin que se levante sobre la balaustrada que corona el cornisamente más que la cúpula de la capilla. No cabe duda que el edificio ganaría en belleza si sobre los cuerpos resaltados centrales se alzasen grandes áticos como el de la fachada de Mediodía, y se destacaran en los de los ángulos pequeñas torres de graciosas arquerías cubiertas de cupulinos ó coronadas de balaustradas. Los arquitectos italianos del Renacimiento, siguiendo la tradición clásica, eran refractarios á terminar los edificios con diferencias de nivel, que les recordaba los castillos de la Edad Media. En España, aunque la arquitectura greco-romana dominó durante los siglos XVI y XVII, bajo sus diversas manifestaciones, no fué en esto servil imitadora de la italiana, pues si bien la planta era cuadrangular, como en la de la otra península, se alzaban en los extremos de las fachadas torres de un solo piso con vanos ó arquerías en los frentes que caracterizan los palacios de aquella época, como los que se ven en Madrid, contruidos durante los reinados de los Felipes III y IV. Es de sentir, sin embargo, que nuestros arquitectos hayan tenido el mal gusto de coronar estas torres de agudos chapiteles, que no se armonizan con las formas clásicas del edificio, y que harían mejor efecto en los templos de la Edad Media, de donde proceden. Carlos III construyó; á mediados del siglo XVIII, el palacio de Caserta, el Aranjuez de Nápoles, por trazas de Vamvitelli, de quien fué discípulo y yerno el célebre Sabatini, traído por aquel monarca para dirigir las obras del Alcázar. Debíó este arquitecto imitar á su maestro, que coronó las fachadas de aquel inmenso edificio de cuerpos de diferente altura, bellamente combinados, y bien pudo hacerlo, porque cuando se encargó de la dirección de los trabajos, no estaba puesto el cornisamento, á no ser que se le obligara á terminar el edificio según lo había trazado Sachetti.

Bella es también la vista de la fachada de Poniente, desde la orilla del Manzanares. Colocado el observador en la línea ó eje del edificio, dentro del pequeño túnel que da paso á la Casa de Campo, puede contemplar, desde aquel sitio semiobscuró la fantástica perspectiva que ofrece el Palacio, como si se le mirara por el tubo de un anteojo ó desde el fondo de una gruta. La natura se alia aquí con el arte para hacer más estética esta perspectiva, que

afecta una forma piramidal, cuya base la constituyen los jardines del Campo del Moro, luego las estufas, rampas y terrazas, sobre las que se levanta á gran altura el Alcázar. Nada hay aquí que criticar, sino aplaudir el buen acierto habido para decorar dignamente la falda de la colina, erial antes, hoy convertida en soberbio parque, rodeado de elegante verja de hierro. El hábil arquitecto paisajista que lo trazó, supo agrupar las masas de arbolado de modo que no ocultaran las líneas monumentales, terminando las sinuosas calles que suben por la ladera, en un amplio parterre de avenidas rectas, separando así, sin transición brusca, el parque, que imita la naturaleza, y el arte arquitectónico, cuyas líneas geométricas han sido combinadas por el hombre. Exornan estos jardines las magníficas fuentes italianas de plateresco estilo, pródigas de escultura, con sus tazas sobrepuestas, traídas á Aranjuez por los Monarcas de la Casa de Austria, que han merecido ser reproducidas por el pincel de Velázquez. Comienza á manifestarse la arquitectura en el gran muro que sustenta las rampas, elevadas las del lado del Norte al nivel de la explanada del cocherón, y las opuestas, al del pórtico de la plaza de la Armeria. Aparecen, en primer término, las estufas, de proporciones colosales, exornadas de columnas, entre las que se abren grandes arcos que sostienen un abultado entablamento, decoración pesada, pero fastuosa, robusta, apropiada, sin embargo, al sitio en que se exhibe. Las rampas que daban acceso á los palacios de las villas italianas del Renacimiento, situadas en alturas, terminaban en terrazas con simétricos parterres, y sus muros estaban perforados de arquerías, á través de las cuales se veían criptas abovedadas que recordaban los nínefos romanos con las fuentes brotando de las ánforas de los alegóricos ríos el Tiber ó el Nilo, vestidos sus paramentos y bóvedas de conchas y otros moluscos y piedras rústicas, cuyo ejemplo nos ofrecen los pensiles de las islas Borromeas en el lago Mayor. El arquitecto de los jardines de Versalles, Le Nôtre, reprodujo, en colosales proporciones, estas bóvedas en las subidas del Palacio, dedicándolas á *orangeries*, y á su imitación se hicieron estas estufas y con el mismo destino. Estas arquerías tienen los caracteres del estilo que empleó el Ammanatti en la fachada posterior del palacio Pitti que mira á los jardines, arquitectura florentina introducida en Francia por Maria de Médicis, reproducida en El Luxemburgo, aplicándose con acierto para la decoración de las fuentes murales, de los basamentos y muros de contención de los parterres. Los paramentos de las rampas interpuestas entre estas estufas y el Alcázar, carecen de vestidura arquitectónica; son de ladrillo, sin que estén coronadas de pasamanos y antepechos de balaustres. Para darles un aspecto pintoresco, ya que no artístico, se les quiere cubrir de yedra como los de las villas italianas, aunque más bien que esta parietaria se usaban el tejo y el ciprés, destacándose sobre el tono verde oscuro las marmóreas estatuas, los vasos y las fuentes adosadas á los muros. Dominando todas estas construcciones se levanta majestuosa la mole del Palacio que hace recordar, por su situación elevada y la fortaleza de su fábrica, el primitivo Alcázar árabe *que al Rey moro alivia el miedo*, ampliado por los Trastamaras, que le circuyeron de redondos cubos, embellecido más tarde por Felipe II con la severa fachada Herreriana, consumido después por el fuego y restaurado en mayores y más bellas proporciones por los monarcas de la Casa de Borbón.

FORTUNATO DE SELGAS.

NECROLOGIA

Copiamos de nuestro querido colega *El Eco Complutense*, de Alcalá de Henares:

« D. PEDRO BRUYEL

»Falleció el día 23 de los corrientes, después de haber permanecido muy pocos días en el lecho del dolor, donde una traidora enfermedad, una fulminante pulmonía acabó con la vida robusta, tranquila y complaciente de tan distinguido señor y perfecto caballero. Director de los establecimientos penales de esta población, abogado distinguido, cristiano á carta cabal, ciudadano, en fin, honradísimo y bueno, su muerte ha producido sentimiento general, y seguramente su genio, su amabilísimo y fino trato, su actividad, sus privilegiadas disposiciones se echarán muy de menos en el establecimiento penal, donde por espacio de tantos años ha venido prestando sus servicios, y en aquellos otros sitios ya de carácter profano, ya de carácter religioso donde D. Pedro Bruyel, por sus entusiasmos, por su buena voluntad, siempre figuraba de los primeros, lo mismo en aquello que redundase en honra y gloria para Alcalá que en aquello que reportase beneficio y provecho para el prójimo.

»Testimonio, pues, del dolor grande que su muerte ha producido entre los complutenses, fué el séquito numeroso de leales amigos que el jueves por la tarde seguían los restos mortales de aquél, acompañándole hasta el cementerio, dominando en todos el convencimiento de que era sencillo y último tributo que rendían al amigo cristiano, honrado y trabajador, que marchaba hacia la mansión de los justos.

»A la familia toda del finado y muy particularisimamente á su inconsolable viuda doña Joaquina Grimaud, enviamos en estas líneas la expresión de nuestro más profundo pésame, no dudando que ella encontrará consuelo y lenitivo para las tristezas que hoy tan crudamente le afligen, más aún que en tanto homenaje de sentimiento por la muerte de su esposo, en las puras y hermosas creencias religiosas que tan vivamente profesa su corazón de mujer cristiana.»

Hacemos nuestras las sentidas frases que acabamos de reproducir y nos asociamos al dolor de la familia por la muerte del Sr. Bruyel, que fué uno de nuestros más queridos consocios, debiéndole nuestra Corporación numerosas atenciones.

Sección Oficial.

CONMEMORACION

DEL

XIII Aniversario de la Sociedad.

DOMINGO 26 DE MARZO

Se celebrará este año en Alcalá de Henares.

Salida de Madrid: Nueve mañana.

Cuota: Quince pesetas, con billete de ida y vuelta en segunda, banquete en la antigua Universidad, gratificaciones y gastos diversos.

Las adhesiones á D. Joaquín de Ciria y Vinent, plaza del Cordón, 2, segundo izquierda, hasta el día 25, á las cuatro de la tarde.

Nuestros consocios los señores del Campo, Jaramillo y Huertas, así como el elemento militar y los Rdos. Padres Escolapios, han ofrecido su valioso concurso á la Sociedad para que nuestra fiesta anual resulte con mayor esplendor.

NOTAS. 1.^a Es absolutamente necesaria la previa adhesión.

2.^a Se recuerda á los señores socios el derecho que tienen de llevar á sus familias á las excursiones.